

investiduras por el báculo y el anillo, restableció la libertad de las elecciones y dió por escrito la declaración siguiente: (1) «Yo Enrique, por la gracia de Dios Augusto emperador de los romanos, por amor de Dios, de la santa Iglesia romana y del señor Papa Calisto, y por la salvación de mi alma, devuelvo á Dios y á los Santos Apóstoles toda investidura por el báculo y el anillo, y concedo á todas las iglesias de mi imperio la libertad de elegir y consagrar sus preladados. Restituyo, tanto á la Iglesia de San Pedro como á las demas iglesias, así á los clérigos como á los legos, los bienes que les he usurpado, y procuraré con todo mi poder la restitucion de los que les han sido invadidos por otros. Doy una paz verdadera al señor Papa Calisto, á la santa Iglesia romana y á todos los que sostienen ó han sostenido sus intereses. Socorreré fielmente á la Silla apostólica siempre que recurra á mí, y la haré exacta justicia cuando me pase alguna queja.»

Los legados del Papa por su parte firmaron un escrito en que el Gefe de la Iglesia habla así al del imperio: «Yo Calisto, siervo de los siervos de Dios, os concedo á vos, Enrique, Augusto emperador de los romanos y querido hijo mio, que las elecciones de los obispos y de los abades del reino teutónico se hagan en vuestra presencia, pero sin restriccion de libertad y sin simonia, y á fin de que, si hay division, protejais el partido mas justo segun el juicio del metropolitano y de los comprovinciales. El elegido recibirá de vos por el cetro los derechos de regalia, pero á escepcion de lo que pertenece á la Iglesia romana, y él os corresponderá con las obligaciones de derecho. Cuando me pidais socorro, os le prestaré segun las obligaciones de mi cargo. Concedo una paz verdadera á vos y á todos

(1) Tom 10 Conciliar. pag. 296. (1)

los que son ó han sido de vuestro partido en el curso de esta desavenencia.»

Estos empeños reciprocos fueron firmados y entregados con grande aparato en una llanura de las orillas del Rhin, á causa de la multitud prodigiosa que componia la asamblea. Se tributaron vivas acciones de gracias á Dios, y despues el legado Lamberto, cardenal y obispo de Ostia, que sucedió al Papa Calisto bajo el nombre de Honorio II, celebró la misa, en la cual dió el beso de paz y la comunión al emperador. Los legados dieron también la absolucion á las tropas de Enrique y á todos los que habian tenido parte en el cisma; despues de lo cual se separaron con una entera satisfaccion de una parte y otra.

Para dar toda la estabilidad y autenticidad conveniente á un asunto de tanta importancia, se tuvo en Roma durante la Cuaresma del año siguiente (1125) un concilio reputado por el primero ecuménico de Letran, y el nono de los generales. Halláronse en él mas de trescientos obispos, y mas de seiscientos abades, y al todo cerca de mil preladados. Nada nos ha quedado de este concilio de lo respectivo á su objeto directo, que era la confirmacion de la paz entre la Iglesia y el imperio; pero se sabe con toda certidumbre por otra parte, que fué tan felizmente ratificada como habia sido concertada. Nada de este concilio se ha libertado de la desgracia de los tiempos mas que los cánones que estableció en número de veintidos, y son en gran parte repetidos de los concilios precedentes.

Pero aunque el cisma y la discordia hubiesen sido abjuradas sinceramente, la cizaña estaba demasiado arraigada para que se pudiesen estirpar tan prontamente sus profundas raices. Todavía veremos renovarse estos violentos conflictos de las dos jurisdicciones con todas sus trágicas escenas. Per fortuna la calma restablecida en el

último concilio romano, consoló por algun tiempo á la Iglesia de haberse visto precisada á emplear sus armas espirituales para hacer entrar en razon á los reyes y empe-

radores y para que ellos mismos observasen las máximas de orden y de justicia que así obligan á los principes como á los pueblos.

LIBRO TRIGÉSIMO-SESTO.

Desde el primer Concilio general de Letran en el año 1123, hasta la muerte de San Bernardo en el de 1153.

Es ciertamente muy humillante para el espíritu el que las sectas mas insensatas y mas corrompidas hayan sin embargo disfrutado mas larga duracion. Desde los primeros siglos de la Iglesia, los gnósticos y los maniqueos habian horrorizado hasta á los mismos paganos, pues los reputaron dignos de los últimos suplicios. Perseguidos con la misma severidad por los principes cristianos, trocaron el nombre, el método y el lenguaje; pero conservaron las mismas estravagancias, las mismas impiedades y la misma disolucion que resucitaron bajo mil formas distintas desde el Oriente hasta las estremidades del Occidente. Viéronse los paulicianos en Asia, los priscilianistas en España y otros muchos corruptores igualmente perversos, aunque menos famosos, infestar hasta el corazon de las Galias y la capital del mundo cristiano, siendo unos monstruos mas propios para inspirar la execracion que para acreditar la seduccion: monstruos que sin duda con este objeto permitió la Providencia se reprodujesen mientras rehusaba á otras sectas la facultad de perpetuarse de ese modo. Veremos bien pronto á los discipulos de Pedro de Bruti,

los enricianos ó enriqueños, los valdenses y los albigenses, sucederse casi sin intervalo y estenderse con rapidez por las mas hermosas provincias de la Francia; de suerte que para preservar el cuerpo de la nacion, fué necesario cortar sin piedad los miembros gangrenados, y para purificar su sangre fué preciso casi agotarla.

En la época á que hemos llegado, aparecieron en la Bélgica estos monstruosos errores con una audacia sorprendente. En la ciudad de Amberes, entonces ya muy considerable y poblada, pero que sin embargo no tenia para su gobierno espiritual mas que un solo sacerdote que vivia amancebado con una sobrina suya, un dogmatizante llamado Tanchelmo ó Tanquelino, se aprovechó del descrédito en que estaba pastor tan despreciable para hacer grandes estragos en aquel rebaño casi abandonado (1105). Era Tanquelino un simple lego, de costumbres disolutas, pero hábil en disfrazarse, fecundo en intrigas, sutil en las disputas y naturalmente elocuente. Insinuó por el pronto sus errores por medio de las mugeres á quienes habia corrompido, y á quienes ensayaba bastante en artificios para engañar has-

ta á sus propios maridos. Luego que tuvo ya formado un partido temible aun al poder público, se presentó con insolencia escoltado de tres mil hombres que le seguían á todas partes, y tenían la espada levantada en tanto que él predicaba: estaba magníficamente vestido, hacia llevar delante de sí un estandarte, y en todo obraba como un soberano.

Decía que la Iglesia estaba encerrada en su persona y en sus discípulos; que el sacerdocio, el episcopado y el pontificado supremo no eran mas que una quimera; que todos los sacramentos de los católicos eran otras tantas abominaciones; que si Jesucristo merecía adoración por haber recibido el Espíritu Santo, mas digno era él de este culto supremo, por estar lleno del mismo Espíritu Santo (1). Algunos le adoraron en efecto, y los enfermos se apresuraban á beber el agua en que se había bañado como un remedio saludable al alma y al cuerpo. Correspondiendo la corrupción de sus costumbres á la de su doctrina, las mugeres se ingeniaban por conseguir los vergonzosos favores de aquel infame profeta: las madres aplaudían el deshonor de sus hijas; y los maridos el de sus mugeres; ni los unos ni los otros se daban por ofendidos sino cuando escogía fuera de sus familias los cómplices de su incontinencia.

La liberalidad en favor de los intereses de la secta y de su jefe, igualmente que la complacencia inmoral de las mugeres que él fanatizaba, era la primera virtud que tenía cuidado de inspirar, y se picaban de emulación entre los dos sexos sobre quién había de regalar mas. No correspondiendo sin embargo las larguezas á la codicia del sectario, asegurado del absoluto y necio abandono de sus prosélitos, y de que las maniobras mas claramente infernales no impedirían que se

(1) *Epist. Traject. ad Freder. Colón.*

le escuchase como un ángel de luz, usó del stratagemata siguiente. En un concurso de pueblo de los mas numerosos que había juntado hasta entonces hizo que le trajesen un cuadro de la Madre de Dios, y tocándola la mano la dijo: «Virgen Maria, hoy os tomo por esposa.» Después volviéndose hacia la multitud dijo: «ved que me he casado con la reina del cielo; á vosotros os toca hacer los regalos de boda.» Inmediatamente hizo poner dos cepos ó arcos, uno á la derecha y otro á la izquierda del cuadro, y mandó que los hombres pusiesen sus regalos en uno y las mugeres en otro, á fin de conocer cuál de los dos sexos le tenía mas afecto, como tambien á su esposa. Las mugeres, mas celosas siempre de su predilección, superaron tambien en este caso ofreciendo hasta sus collares, sus pendientes y sus mas estimadas joyas sin escepcion ni reserva.

Este fanático hizo grandes progresos en la Zelandia, en la ciudad y pais de Utrecht, y en otras muchas ciudades de los paises Bajos, y llegó hasta Roma disfrazado de monje. A su vuelta fué arrestado por el arzobispo de Colonia y encerrado con algunos de sus discípulos en una estrecha prisión. Encontró sin embargo medio de escaparse, pero fué muerto estando en una barca pronto á huir. Sus errores no murieron con él, antes por el contrario hubo otros muchos gefes de secta que infestaron al mismo tiempo diferentes provincias de las Galias, desde la Bélgica hasta el Narbonés, y cuyas imposturas y observancias vergonzosas es inútil describir. Lo que hemos dicho de Tanquelineo es bastante para conocer lo que puede contra las costumbres la reputación de santidad adquirida por la hipocresía y el fanatismo.

El obispo de Cambray, que extendía entonces su jurisdicción hasta Amberes, puso en esta ciudad, la mas infestada de todas con los nuevos errores, doce eclesiás;

teos para ayudar al pastor ordinario á desengañar los numerosos discípulos que Tanquelineo tenía en ella. Pero siendo la comisión superior á sus fuerzas, llamaron á San Norberto con los mas hábiles religiosos, quienes se aplicaron á instruir á aquel pueblo engañado. El santo en especial trataba con dulzura estremada á aquellas gentes que no mantenían el error, sino porque se las había dado por verdad, y que segun sus espresiones habrían tomado con el mismo fervor el buen camino si se las hubiese manifestado el primero. Sus tiernas exhortaciones y las obras maravillosas con que las sostenía, ganaron los corazones y quitaron insensiblemente la venda que les ocultaba la luz (1124).

No quiere decir esto que la Iglesia careciese por otra parte de doctores y predicadores ilustrados; pues Guiberto, entre otros muchos, desde su abadía de Nogent, en la que había sucedido á San Geofredo de Amiens, no dejaba de hacer escursiones apostólicas y de instruir á los pueblos con toda la ventaja de un maestro del arte, que ha dado reglas en él dignas de los tiempos mas cultivados. En su tratado sobre las reliquias de los Santos, se encuentra el mismo gusto y el mismo juicio, junto con mucha erudición y crítica; compuso esta obra con ocasión de un diente de Nuestro Señor, que la abadía de S. Medardo de Soissons suponía conservar en su tesoro. Guiberto declara desde luego que debemos venerar las reliquias; pero sostiene que se necesitan pruebas ciertas de su autenticidad y de la santidad de aquellos á quienes se atribuyen; añade que los milagros solos no prueban siempre la santidad, sobre lo cual alega la tradición ya recibida de que los reyes de Francia, sin ser todos santos, tenían el don de curar los lamparones. «Se debería, continúa, castigar severamente á los inventores de milagros falsos, porque atribuyendo á Dios lo que no ha he-

cho, le hacen cómplice en cuanto pueden de sus imposturas.» Sobre este punto refiere muchos ejemplos de leyendas apócrifas y de reliquias falsas; y para manifestar la reserva de la Iglesia en esta materia, dice que «ella no se atreve á asegurar que la Madre de Dios haya resucitado, y eso que tiene las mas fuertes razones para creerlo, y así solo permite que los fieles lo crean piadosamente (a).»

Volviendo en seguida al objeto de su disertación, á saber, el diente de Jesucristo, que pasaba por un diente de leche, dice que se debe juzgar de él lo mismo que del santo ombligo y otras reliquias semejantes, que diferentes iglesias se gloriaban de poseer, cuya autenticidad niega como contraria á la fé de la resurrección, en la que el Salvador volvió á tomar su cuerpo entero; además de que no es verosímil que la Santísima Virgen haya conservado semejantes cosas, no menos que su leche que se enseñaba en Laon. Estas reflexiones sensatas de Guiberto hacen tanto mas honor á su siglo, cuanto él no era ni con mucho el doctor menos susceptible de credulidad, como se vé en algunas otras obras suyas llenas de historias milagrosas desaprobadas, ó por lo menos desatendidas por la tradición común. Así en todos los tiempos la enseñanza general tiene el sello de la divina sabiduría que no dejará jamás de dirigirla.

El abad Guiberto infiere tambien del Sacramento adorable de nuestros altares la falsedad y aun la inutilidad de toda otra reliquia de Jesucristo, el cual no nos ha dado su cuerpo bajo especies estrañas,

(a) Si esto era en tiempo de Guiberto, la Iglesia luego, guiada siempre por el Espíritu Santo, y después de pensado con la madurez que acostumbra, estableció la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, siendo de notar que ya en el siglo VII San Juan Damasceno predicó de la Asunción de la Santísima Virgen, lo cual indica que en la Iglesia griega había ya entonces esta fiesta. (N. del E.) (1)

sino porque no juzgó conveniente dejarlos en todo ni en parte bajo su forma natural. «Y sobre todo, continúa, ¿qué necesidad teníamos de que nos dejase algunos restos mutilados de aquel cuerpo adorable, cuando le tenemos entero en la Eucaristía?». Aquí el autor combate á todos los enemigos de la presencia real, y especialmente á los partidarios artificiosos del sentido figurado. Ya lo habia hecho antes con buen éxito en su preciosa carta al abad Sigefredo, en que se lee este pasaje (1): «Si la Eucaristía no es mas que una sombra y una figura, hemos venido á caer de la sombras de la antigua ley en otras todavía mas vacías.» Además de las obras teológicas de Guiberto, tenemos de él una historia de las primeras expediciones de las cruzadas con este título enfático: *Obras de Dios ejecutadas por los francos*. (Gesta Dei per Francos). Este sabio y virtuoso abad, despues de haber gobernado veinte años el monasterio de Nogent del Cuci, murió en él en el año 1124.

A fines del mismo año el Papa Calisto II fué acometido de una enfermedad violenta que le arrebató en 12 ó 13 de diciembre con gran sentimiento de todo el mundo cristiano. En menos de seis años de pontificado habia pacificado la Iglesia y el imperio, restablecido la autoridad de la Santa Sede y todo el lustre del orden gerárquico. Habia tambien encontrado medio de volver la abundancia y el esplendor á Roma, donde no solo repuso en honor los monumentos antiguos, sino que añadió muchos acueductos para la comodidad de los diferentes cuarteles de la ciudad; reedificó la iglesia de San Pedro, la dió ornamentos magníficos, y no celebró jamás en ella el santo sacrificio sin hacerla algun regalo considerable. Como tenia una devoción particular á Santiago,

(1) Pag. 283.

hizo arzobispado á Compostela. Por desgracia dió la púrpura romana, y concilió un gran crédito á Pedro de Leon; pero este cardenal jóven, entonces muy celoso contra los cismáticos, no daba motivo para sospechar que pudiese él mismo en ningun tiempo ser fautor de un nuevo cisma.

Tres dias despues de la muerte de Calisto los cardenales y los obispos se juntaron en San Juan de Letran y eligieron Papa á Tibaldo, cardenal presbítero de Santa Anastasia, á quien llamaron Celestino. Pero apenas se le revistió con la capa encarnada, cantando el *Te Deum*, cuando Roberto Frangipani y algunos otros revoltosos entraron gritando: *Lamberto, obispo de Ostia, Papa; Lamberto Papa de los romanos*. El terror se esparció por toda la asamblea; y se veian de cerca los peligros de la division: por otra parte Lamberto de Ostia era persona muy apreciable. Celestino cedió de buena voluntad, y en el dia mismo de la primera eleccion todos se reunieron en favor de Lamberto, que fué proclamado con el nombre de Honorio II. Sin embargo, como este paso no era muy canónico, algunos dias despues dejó la capa y la tiara en presencia de los cardenales, quienes en atencion á esta humildad y por la tranquilidad de la Iglesia rectificaron lo que habia habido de defectuoso, le reconocieron de nuevo por Sumo Pontífice, y le pusieron en el trono en 21 de diciembre.

El dia 23 de mayo del año siguiente, el emperador Enrique V murió en Utrecht, de resultas de una úlcera en el brazo, á los cuarenta y cuatro años de su edad; diez y nueve de su reinado despues de la muerte de su padre, y á los quince de su imperio. Como no dejaba hijos, acabó en él la rama de los emperadores de la casa de Franconia que habia ocupado el trono ciento y un años. En la dieta de Maguncia compuesta de sesenta mil personas, entre las cuales se ha-

llaron legados del Papa, se eligió en 30 de agosto siguiente á Lotario II, hijo del conde de Supplemburgo, y que habia tomado el título de duque de Sajonia á causa de su muger, descendiente de un tio del emperador San Enrique.

Al empezar el pontificado de Honorio II, San Oton de Bamberg fué á trabajar en la conversion de los pueblos de la Pomerania. Hacia ya veinte años que desempeñaba todas las obligaciones de un excelente obispo, cuando Boleslao, despues de haber agregado esta grande provincia á la Polonia, donde Oton era conocido por la mansion que habia hecho en ella en su juventud, le escribió en estos términos (1): «Vos sabeis sin duda que los bárbaros de Pomerania, de los que el cielo me ha hecho vencedor, han pedido entrar en la Iglesia; pero despues de tres años que me ocupo en esta grande obra, no puedo encontrar cerca de mí ni obispo ni sacerdote que sea capaz de ponerla en ejecucion y que quiera emprenderla. Como vos estais siempre pronto á hacer lo que es de la gloria de Dios, os ofrezco esta ocasion oportuna para ello, y os invito á partir sin dilacion. Os daré al efecto la escolta necesaria, intérpretes y sacerdotes que os ayuden, y proveeré de mi tesoro á los gastos del viage y á cuanto sea necesario.»

Oton recibió esta carta como venida del cielo, y dió gracias á Dios porque tenia á bien servirse de él para esta santa empresa: envió á pedir su bendición y licencia al Papa, y despues se preparó para el viage sin dejarse vencer de los gemidos de su pueblo, que lloraba á su pastor como si estuviese ya muerto. Entretanto se informó detenida y prudentemente de los usos y costumbres de la Pomerania, y supo que el pueblo hacia tanto desprecio

(1) Vit. S. Othon. lib. 2.

de la pobreza, que algunos obreros evangelicos que se habian presentado bajo un esterior que no indicaba mas que la modestia, solo habian sido reputados por miserables y sin otro empeño que el de buscar algun alivio á su indigencia. Para hacer ver por el contrario que él no queria ganar mas que las almas, quiso presentarse en el pais no ya solamente al abrigo de la miseria, sino en un estado de opulencia capaz de socorrer las necesidades ajenas. Además de los vasos sagrados, los ornamentos y todo lo conveniente á la magestad del culto, llevó víveres en abundancia, gran número de telas preciosas y otros muchos regalos para los principales de la nacion.

Atravesó la Bohemia y la Polonia, donde en todas partes le recibieron como á un apóstol los nobles y el pueblo ordenados en procesion. En Gnesne, entonces capital del pais, salieron tambien á su encuentro el duque y todos los grandes con los pies descalzos á doscientos pasos de la ciudad: celebraron fiestas en su honor durante una semana, y despues le dieron intérpretes y todos los demas auxilios que se le habian ofrecido. Estando tan bien provista la tropa de los misioneros, se despidieron del príncipe, y adelantándose hácia las fronteras hallaron una selva inmensa que apenas pudieron atravesar en seis dias, y al fin de ella un rio que servia de limites á la Polonia. Wratislao, duque de Pomerania, cristiano ya aunque secretamente, habia llegado hasta aquel sitio á salir al encuentro de los predicadores del Evangelio con aquellos vasallos suyos que reconocía mas afectos al cristianismo. Al punto que los vió, pasó el rio con una parte de su comitiva, saludó al santo obispo, á quien tuvo largo tiempo abrazado, y le declaró los sentimientos de su alma con gesticulaciones tan elocuentes, que dieron á conocer sin trabajo lo que él no podia explicar en su idioma bárbaro. Le presentó